



LA LANCHA GUACOLDA

Iván Soulodre Walker



Talcahuano, Asmar, comienzo de los años sesenta.

El Ejército necesitaba una embarcación en la laguna de La Laja.

En su extremo Sur -detrás de la sierra Velluda- tenía el destacamento Mariscal Alcázar, junto al paso

cordillerano del mismo nombre. En invierno la nieve cortaba el camino. En el destacamento estaba el criadero de perros para las bases antárticas.

Compró una lancha pesquera del tipo usado en la isla Santa María; se ajustaba a sus necesidades aunque precisaba algunas transformaciones, reparaciones y pintura.

Fue a parar a Asmar y, en mi calidad de Arquitecto Naval con largos estudios en el exterior, se me encargó prepararla y dejarla a flote en la laguna.

Era una lancha grande y pesada. Su transporte y puesta a flote era el problema principal. Decidimos buscar un lugar apropiado para el "lanzamiento". Fuimos en un helicóptero de la Escuadra, pilotado por el Teniente Aviador Naval Marcelo Léniz. Nos acompañó un Capitán de Ejército que conocía el lugar.

Sobrevolamos la ribera cercana a las

tomas de agua de la central del Abanico, donde llegaba el escarpado e irregular camino de acceso a la planta hidroeléctrica. Después de estudiar varias alternativas, encontramos un lugar que me pareció apropiado para el lanzamiento.

Después continuamos hasta el destacamento Mariscal Alcázar. El Capitán, nos mostró el criadero de perros y su estrella, un padrillo enorme que más parecía un lobo.

Regresamos a Talcahuano.

Días después, a media noche, partió el gran camión con su pesada carga hacia la laguna de La Laja.

Temprano, la mañana siguiente, el Capitán de Ejército me recogió en la Base Naval para subir a la laguna y ejecutar la delicada maniobra.

En el viaje me contó por qué la lancha era importante para ellos, que habría una ceremonia en el muelle de la Central, después un paseo por la laguna en la flamante Guacolda y que ese mismo día estaban viajando varios altos oficiales, entre ellos tres generales, para el bautizo, madrina y champaña. Todos nos alojaríamos en la casa de huéspedes del Abanico, donde esa noche la hidroeléctrica ofrecía una cena.

Si ya estaba nervioso por la maniobra, con las nuevas informaciones, mucho más. Me veía haciendo un papelón si ésta resul-

taba mala y se averiaba la lancha.

Poco antes de llegar a destino, un camión que bajaba nos obligó a detenernos a orillas del camino.

¡¡Sorpresa!! ¡¡ Era nuestro camión!! No sabía qué pensar. Incertidumbre, dudas, preocupación.

Bajé del automóvil. Me acerqué al chofer con cara de pregunta. Abrió la ventanilla.

"La dejé flotando, amarrada al muelle. Tengo que cargar en San Vicente antes de medio día", explicó.

- "Muchas gracias," fue todo lo que atiné decir.

Nos miramos en silencio con el Capitán y proseguimos callados nuestro viaje. Sin comentarios.

La lancha *Guacolda* flotaba coquetona amarrada al muelle, duplicando en las tranquilas aguas su casco recién pintado e integrándose al hermoso paisaje cordillerano.

¡¡Uno que ha tenido camiones!! , como decía alguien.

